

Deseo, a través de esta breve intervención, referirme únicamente a sus apreciaciones “singulares” en torno a las donaciones de obras de arte que algunos artistas y coleccionistas han hecho al Museo de Bellas Artes durante y con motivo de su año cincuentenario, donaciones que dentro de unos días serán exhibidas e interpretadas analíticamente en una exposición y en un libro que lleva por título *Arte para un Cincuentenario*. Me siento obligado a hacer estas aclaratorias, porque está aquí en juego no sólo el prestigio del Museo que represento, sino también el honor y el buen nombre de los numerosos artistas, todos ellos respetables, que en tales circunstancias donaron generosamente obras para nuestra colección.

Califica usted este importante logro cristalizado en *Arte para un Cincuentenario* como “*un acontecimiento de los más particulares y aventurados por los efectos que arrastra, que haya afectado a la comunidad de artistas plásticos nacionales*”;² lo juzga producto de “*un desborde de sentimentalidad que ha estallado como consecuencia de la crisis de abandono y negligencia oficial hacia el Museo de Bellas Artes, a propósito de los cincuenta años de su fundación*”,³ antes de concluir con un desparpajo no exento de displicencia que “*casi en romería los artistas están desfilando por el museo para ofrecerle gratuitamente sus obras*”.⁴ Se pregunta usted luego si “no es el museo mismo el que debe determinar cuáles son las carencias de su colección según los creadores o los momentos más importantes de su trabajo”, para afirmar por fin que “*se supone que el museo posee algún sistema de control para evitar el desmoronamiento de la calidad de su patrimonio y el truco de acceder a él por el falso camino de la simulada generosidad*”.⁵

Ante tales observaciones, déjeme hacerle, con todo el respeto que usted se merece, y de modo muy sucinto (porque no hay tiempo ni lugar para largos discursos), las siguientes aclaraciones esenciales:

1. Usted mejor que nadie, maestro Alejandro Otero, sabe que ninguno de los artistas participantes en el proyecto museográfico *Arte para un Cincuentenario* “*desfiló en romería por el museo*” para suplicar el favor de que se le aceptasen sus obras. Y lo sabe perfectamente, porque fue usted uno de los primeros artistas que yo contacté personalmente (en su apartamento de Parque Central, cierto buen día de abril de 1988) para explicarle con todo detalle el proyecto y para solicitarle en donación para nuestro museo alguna de sus apreciadas obras. Usted no ignora en que términos estaba planteado el asunto, términos que sería prolijo explicar, pero que de todos modos aparecen señalados en el prólogo del libro *Arte para un Cincuentenario*, que verá la luz en un par de semanas. Todavía hoy recuerdo la amabilidad y cortesía con que usted me recibió en su casa. Todavía hoy lamento profundamente que, por ciertas razones perfectamente justificadas de su parte, no pudiese o no creyese usted factible donar entonces ninguna de sus obras a nuestra institución, y no se me ocurriría ni por asomo la idea de pedirle cuentas por este su legítimo e irrenunciable derecho a negarse a nuestra solicitud. Quiero, de paso, aplaudirle y felicitarle con el mayor entusiasmo por su magnífico gesto de donar, por razones que usted mismo señala, veintitrés obras de su autoría al Museo Soto de Ciudad Bolívar. Déjeme recordarle que, por lo que respecta al proyecto *Arte para un Cincuentenario*, todos y cada uno de los artistas participantes (desde los “consagrados” hasta algunos talentosos jóvenes también presentes) tienen sobrados méritos y categoría suficiente para figurar con dignidad al lado de usted en el Museo de Bellas Artes (donde muchos de ellos estuvieron representados antes del

² *Ibidem.*

³ *Ibidem.*

⁴ *Ibidem.*

⁵ *Ibidem.*

traspaso de su colección de arte venezolano a la recién creada Galería de Arte Nacional), en el Museo de Arte Contemporáneo de Caracas (a cuya colección permanente casi todos ellos han sido ya incorporados, o en cualquiera de los museos del país (donde ojalá estén todos ellos presentes algún día). Usted, mejor que nadie, sabe, maestro Otero, que ningún Cruz-Diez, Gego, Leufert, Dávila, Zapata, Hernández Guerra, Klose, Mercedes Pardo, Alberto Brandt, Biel-Bienne, Nedo, Elsa Gramcko, José Luis Fajardo o Carlos Medina (por citar al desgaire sólo algunos nombres de los artistas incluidos en este proyecto) necesita vivir la humillación de Canossa para entrar “por caridad” al paraíso del Museo de Bellas Artes. Considero, por lo demás, poco elegante y justo que usted se refiera en términos tan despectivos a sus ilustres colegas presentes en este proyecto. Cuando dentro de tres semanas las obras donadas se exhiban en nuestra sede, usted y el público en general tendrán la oportunidad de juzgar con mayor propiedad sobre el eventual valor y significación de estas piezas ganadas ya para el patrimonio nacional.

2. No creo necesario justificar aquí la política de estimular y obtener para nuestro museo donaciones de obras selectas por parte de artistas y coleccionistas venezolanos y extranjeros. Usted mejor que nadie sabe las innumerables y valiosas donaciones hechas a museos (sobre todo de Europa) por parte de maestros del calibre de Picasso, Léger, Chagall, Brancusi, Kandinsky, por citar sólo algunos nombres preclaros, y sabe también con qué habilidad y perspicacia ciertos respetados curadores o directivos de centros museísticos, como Jean Cassou, Alfred H. Barr, William Rubin o Thomas Messer, enriquecieron, mediante la búsqueda activa de donaciones, los acervos artísticos de algunos museos internacionalmente prestigiosos, como el MoMA, el Guggenheim o el Pompidou. Después de cuatro largos años de ver imposibilitado el ingreso de obras de arte a nuestra colección por el camino de las adquisiciones, creímos más que razonable intentar –aprovechando la circunstancia propicia del año cincuentenario— el incremento de nuestro patrimonio por la vía excepcional (estoy muy consciente que debe ser sólo excepcional) de las donaciones.

3. Quiero, por otra parte, asegurarle que efectivamente es nuestro museo “*el que determina las carencias de su colección*”,⁶ y que, sobre esta base, trata de complementar (imposibilitado como está de completar) sus colecciones más específicas y consistentes. El único y terrible problema en este campo –usted lo sabe bien— es que durante este último quinquenio (durante todo el periodo de gestión de Oswaldo Trejo) el Museo de Bellas Artes no ha tenido ni un solo centavo para adquirir obras de arte; la eliminación pura y simple de la partida para adquisiciones durante este largo lustro fue, dicen algunos, cuestión de la grave crisis económica que vive el país, o, para decirlo sin eufemismos –usted mejor que nadie lo sabe— cuestión de injustos repartos del presupuesto de la nación en el área cultural. A partir de estas determinantes fácticas, que ninguno de los que trabajamos actualmente en el museo estamos en grado de modificar, decidí personalmente solicitar, con un criterio muy selectivo y sistemático, la donación de obras que permitieran complementar las secciones más sólidas y representativas de nuestra colección permanente. Por eso, solicité obras pictóricas y escultóricas que constituyesen un aporte venezolano significativo a nuestras colecciones de arte geométrico-constructivo, informalista, y a diversas vertientes de la figuración.

4. Preciso que de las cuarenta obras que integran el proyecto, sólo la talla de Harry Abend y el lienzo del internacional argentino Pérez Celis fueron ofrecidos (antes de y en desconocimiento del proyecto, y, por supuesto, sin necesidad de “*romería por el*

⁶ *Ibidem.*

museo”⁷) por los propios artistas, con la participación de María Teresa Castillo como co-donante para el caso del pintor sureño.

5. Añado que, aparte de los creadores plásticos integrados a solicitud del museo en este proyecto, últimamente algunos otros (muy contados) artistas han ofrecido por su propia cuenta donar obras de su autoría para nuestro patrimonio institucional. Caso por caso, estas ofertas espontáneas de donación han sido analizadas por el Consejo Consultivo del Museo para juzgar sobre la eventual conveniencia de su aceptación, en base a una serie de parámetros. Como resultado, algunas de estas ofertas han sido aceptadas y otras simplemente rechazadas. Pero en ningún caso estas decisiones del Museo obedecieron a presiones exógenas derivadas de algún presunto “*desborde de sentimentalidad*” o de una mal “*simulada generosidad*”.⁸

6. Aunque comparto sustancialmente los planteamientos básicos que usted hace sobre la situación de insuficiente asistencia oficial a los museos del Estado (situación que, por desgracia, he tenido que sufrir larga y dolorosamente en carne propia), creo útil recordarle que el Museo de Bellas Artes, lejos de paralizarse por eso, ha realizado en estos últimos cinco años (en medio de, y a pesar de, su agobiante crisis presupuestaria) una amplia y variada labor museográfica, investigativa y didáctica que sólo una persona mal informada o malintencionada se atrevería a negar. Usted debería saber (el dato fue señalado en la página 182 del libro *Museo de Bellas Artes Cincuentenario: Una historia*)⁹ que, para llevar a cabo toda la programación expositiva especial de su año cincuentenario —que incluye gastos de impresión de catálogos y textos didácticos, montajes museográficos, fletes nacionales e internacionales, seguros, embalajes, gastos aduanales y ese largo etcétera de cosas indispensables para la presentación de cualquier proyecto expositivo—, nuestro museo apenas recibió la asignación presupuestaria total de dos millones setecientos noventa y dos mil ochocientos bolívares¹⁰ (leyó bien, Bs. 2.792.800: y le evito a usted y al lector el bochorno de traducirlo en dólares al cambio actual). Y usted mejor que nadie sabe que, con los costos actuales en estos rubros, esta suma es del todo insuficiente para preparar una sola exposición de envergadura, pongamos, por ejemplo, la última retrospectiva que usted presentó en un conocido museo caraqueño. Y, sin embargo, con esa exigua cantidad nuestro museo ha logrado concretar durante este señalado año un conjunto de actividades museográficas, parte de las cuales usted conoce sobradamente, porque yo mismo le entregué, el día de nuestra entrevista, algunas de nuestras publicaciones recientes (posteriormente salieron otras tantas que supongo usted conoce): ellas son apenas la punta del *iceberg* que delata la estupenda labor (no por callada menos encomiable) de todo un equipo de excelentes profesionales que progresivamente se ha venido conformando en nuestro museo bajo la conducción de Oswaldo Trejo. Armados sólo con una motivación ejemplar y negados de plano a paralizar la institución en espera de hipotéticas y muy improbables “*soluciones globales*”,¹¹ tal como usted propone, quienes laboramos en esta institución nos hemos dedicado a trabajar con las uñas para intentar el mejor de los museos posibles en esta dramática coyuntura presupuestaria y administrativa que hoy padecemos, muy a nuestro pesar. Me complace confirmarle, por si no lo sabía, que quienes trabajamos hoy en el Museo de Bellas Artes llevamos por lo menos cinco años de trabajo silencioso, sistemático, motivado y consecuente (sin ridículos alardes o

⁷ *Ibidem*.

⁸ *Ibidem*.

⁹ Iris Peruga y José María Salvador González, *Museo de Bellas Artes Cincuentenario: Una historia*, Caracas, Museo de Bellas Artes, 1989, 210 pp.

¹⁰ *Ibidem*, p. 182.

¹¹ Alejandro Otero, *op. cit.*

actitudes “pantalleras”), y no hemos querido esperar a la presente coyuntura de un cambio de gobierno para poner “*manos a la obra*”.¹²

7. No comparto su criterio de que, antes de elegir nuevos directores para el Museo de Bellas Artes y la Galería de Arte Nacional, se tenga que “*resolver primero el estado de emergencia por el que atraviesan esas instituciones, dotándolas de los fondos necesarios para adquisición de obras, del presupuesto que garantice las funciones para las que han sido creadas*”.¹³ Por esa vía, bien podríamos también postular que permanezca acéfala la Presidencia de la República hasta que se implementen las necesarias e impostergables modificaciones administrativas, legales y constitucionales contenidas en el proyecto de Reforma del Estado. Creo sinceramente que ese discurso no es pertinente ni realista. Ante los inminentes retiros voluntarios de Oswaldo Trejo de la Dirección del Museo de Bellas Artes, y del suscrito de la Subdirección, lo razonable es que se elija a las dos personas más capacitadas y motivadas para ocupar esos difíciles cargos, con el fin de que ellos luchen desde el primer momento y con el apoyo irrestricto de toda la comunidad artística e intelectual (que, por desgracia, no siempre fue evidente en estos últimos años), con el fin de lograr mayores conquistas en el terreno administrativo-institucional y mejores logros en el campo didáctico-cultural.

8. Reitero, sin embargo (y con ello me encuentro de nuevo junto a usted, después de haberme respetuosamente distanciado en las proposiciones precedentes), que suscribo sin reservas la tesis medular que usted esboza, en el sentido de que el Museo de Bellas Artes en particular, y los museos oficiales en su globalidad, necesitan de otras políticas estatales más abiertas, comprensivas y eficaces; de otro apoyo económico más equitativo y cónsono con las actuales necesidades, y, a la postre, de un trato oficial que evidencie a todas luces la consciente responsabilidad con que el poder público está asumiendo su ineludible función de salvaguardar y enaltecer su patrimonio artístico nacional, y el objetivo primordial de favorecer el desarrollo cultural de toda la colectividad. Ello debería significar, como programa mínimo, dotar a los organismos culturales de instrumentos legales y administrativos más dinámicos, flexibles y realistas; asegurar por todos los medios la auténtica profesionalización, una digna remuneración y la estabilidad laboral de los que trabajan en estas áreas; garantizar la plena autonomía programática, presupuestaria y administrativa de los centros museísticos; proveerles de asignaciones presupuestarias suficientes (acordes con los elevados costos actuales en estos rubros) para alcanzar niveles cuando menos razonables en sus programas museográficos, investigativos y didácticos; asegurarles cada año una partida sustancial para el irrenunciable objetivo de enriquecer sistemática y constantemente su acervo artístico por la vía de las adquisiciones regulares de obras de arte nacional e internacional. En este sentido, me aventuro a abrigar la esperanza de que los directivos que dentro de pocos días serán designados para gerenciar el Museo de Bellas Artes puedan verse excluidos de la coyuntura asfixiante que nosotros vivimos, y logren disfrutar de las condiciones administrativas y presupuestarias medianamente aceptables que a nosotros nos fueron negadas.

¹² *Ibidem.*

¹³ *Ibidem.*